

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: En el centenario de "Nuestra América", obra del caribeño José Martí

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1991). En el centenario de "Nuestra América", obra del caribeño José Martí. *Cuadernos Americanos*, 3(27), 112-126.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EN EL CENTENARIO DE “NUESTRA AMÉRICA”, OBRA DEL CARIBEÑO JOSÉ MARTÍ*

Por *Roberto* FERNÁNDEZ RETAMAR
CASA DE LAS AMÉRICAS, CUBA

1

EL PRIMERO DE ENERO DE 1891, en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, apareció el texto programático de José Martí “Nuestra América”, que el 30 de ese mes también veía la luz en el periódico mexicano *El Partido Liberal*. Estamos pues celebrando a lo largo de 1991 el primer siglo de ese trabajo capital en la obra martiana y en todo nuestro pensamiento; de un trabajo que a cien años de su publicación tiene plena vigencia, es una verdadera guía para la interpretación y la acción que nos corresponden en estos tiempos, un señalamiento insuperado de la identidad cultural de los pueblos latinoamericanos y caribeños a que alude el nombre abarcador de su título.

Nacido en Cuba cuando aún era colonia española, en 1853 (por cierto: el mismo año en que el conde de Gobineau empieza a publicar en París su *Essai sur l'inégalité des races humaines*, cuyas siniestras y difundidas tesis serían totalmente rechazadas por el cubano, al punto de que se le puede considerar un verdadero anti-Gobineau), el Martí que escribe “Nuestra América” es un hombre en su plena madurez, con cerca de treinta y ocho años (sólo vivirá cuatro más y unos pocos meses), que tiene tras sí una intensa experiencia política y cultural.

Naturalmente, no es ésta la ocasión para remitirnos a toda esa experiencia. Nos limitaremos, en la primera parte de estas pala-

* Conferencia leída el 24 de mayo de 1991, en el Palacio de las Convenciones de La Habana, al clausurarse el XVI Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe.

bras, a señalar aspectos de la vida y la obra de Martí, vida y obra fundidas en su caso en una unidad de fuego, que conducen a ese "credo independiente de la América nueva" (para valernos de palabras suyas escritas por él en otro contexto) que es "Nuestra América".

Independentista y anticolonialista desde su más temprana edad (volveremos sobre ello), a los dieciséis años sufre presidio político por su abierta adhesión a la guerra de independencia iniciada en Cuba en 1868, y a principios de 1871 es arrojado al destierro, donde, salvo mes y medio en 1877 y algo más de un año entre 1878 y 1879, vivirá en lo adelante, hasta que al final de su vida regrese a Cuba a participar en la guerra que preparó y en la que moriría combatiendo. En España, donde vivió entre 1871 y 1874, y luego unos meses en 1879, verificó, más allá de obvias similitudes culturales, la diferencia entre ese país y el suyo. En los varios países hispanoamericanos en que residió (México, Guatemala y Venezuela), elaboró su primera concepción de una patria mayor que ya entonces llamó "nuestra América". Los años que pasó en México (1875 y 1876) le fueron particularmente fecundos. Allí encontró un país regido por un gobierno progresista, un país con un rico pasado prehispánico cuyos restos y sobrevivientes lo conmovieron en lo hondo, un país al que los Estados Unidos le habían arrebatado a mediados del siglo XIX la mitad de su territorio en una guerra de rapiña, un país que había sido invadido por tropas europeas y había sabido vencerlas en magnífica epopeya que reveló a Juárez en toda su grandeza, un país con una incipiente clase obrera (las enseñanzas de cuyas luchas repercutirían en la comprensión que llegó a tener de los combates de los obreros norteamericanos durante la década del 80 y de "los obreros cubanos en el Norte"), un país con una intelectualidad alerta a lo que ocurría en el resto del mundo, pero enfrascada en la defensa de sus valores nacionales.

La experiencia mexicana se continentalizó en Martí cuando, tras abandonar México por rechazar el golpe de Estado del general Porfirio Díaz, se trasladó a Guatemala, donde residió entre 1877 y 1878. En este último país, aunque ya se habían esbozado en México, empiezan a hacerse frecuentes en él las expresiones "madre América" y "nuestra América", que aparecerían luego mucho en su pluma.

Aunque conocidas, es imprescindible recordar aquí algunas líneas de un texto martiano de sus años guatemaltecos. Son aquellas, escritas en 1877, en que dijo:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad desenvuelve y restaura su alma propia. . . nuestra América robusta. . .

Un nuevo destierro martiano, esta vez en Venezuela (durante la primera mitad de 1881), contribuyó a profundizar en él su visión de la patria grande por la que había peleado y soñado Simón Bolívar, acaso el hombre a quien Martí admiró más.

Desde que aparece en Martí la expresión “nuestra América”, ella implica para él la existencia de *otra* América que no es nuestra, y a la que en 1884 llamará explícitamente “la América europea”. Pero el concepto “nuestra América” no permanece invariable en él, sino que se irá cargando de sentido.

Al regresar el Maestro a mediados de 1881 a los Estados Unidos, donde había estado en el año 1880 y donde iba a transcurrir la mayor parte de su destierro, ya poseía él una noción clara de que nuestros países tenían que integrarse en una unidad dinámica que conservara y exaltara sus características propias. Las profundas vivencias martianas en aquel país, si por una parte lo hicieron admirar lo mejor de ese pueblo (sus trabajadores, sus combatientes por la justicia como John Brown, a quien llama “aquel loco hecho de estrellas”, y Wendell Phillips, cuyo retrato tiene en el despacho, sus pensadores como Emerson, sus escritores como Whitman), por otra parte lo llevaron a conocer de modo directo y creciente los males que implicaba el sistema allí imperante, y el riesgo que tal sistema suponía para nosotros. Hay que tener presente que durante los quince años que Martí vivió en los Estados Unidos, entre 1880 y 1895, donde en cierta forma se volvió también un radical norteamericano (recordemos que Martí escribía en tres lenguas: español, francés e inglés), asistió con mirada sagaz y alarmada a la transformación en aquel país del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista, llegando Martí (en su condición de político, pensador y periodista) a hacer un análisis, creemos que el primero en el mundo, de los rasgos del entonces naciente imperialismo, y llegando también a comprender la razón de las grandes luchas obreras en los Estados Unidos de la época de los 80: en este último

aspecto, no es ocioso traer a colación que vindicó gallarda y luminosamente a los mártires obreros de Chicago asesinados "legalmente" en 1887, y en cuya memoria, a partir de 1889, se establecería el Primero de Mayo como Día Internacional de los Trabajadores, el cual, singularmente, no se conmemora en los Estados Unidos.

Momento trascendente entre sus ricas experiencias en aquel país lo constituyó la primera conferencia panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890: Martí, el más profundo y violento censor de esa conferencia, ratificó ante ella que en los Estados Unidos los "imperialistas" (con esa palabra los iba a nombrar en su última carta a su hermano mexicano Manuel Mercado) se aprestaban a lanzarse sobre las Antillas, y más tarde sobre el resto del Continente —y del planeta.

Nutrido con esos conocimientos fue que escribió a finales de 1890, y publicó a principios de 1891, el ensayo orientador que evocamos hoy. Los antecedentes inmediatos de ese ensayo son las crónicas y cartas en que Martí analizó (y combatió) con pasmosa hondura la mentada conferencia panamericana, y el discurso de 1889 conocido como "Madre América" que ofreció en Nueva York a los delegados latinoamericanos que participaban en aquélla. A este *corpus* corresponden asimismo sus *Versos sencillos* y su ensayo "La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América", que también verían la luz en 1891, es decir, hace ahora un siglo. A esta última conferencia iba a asistir Martí en representación del Uruguay, país del que era cónsul en Nueva York, como también lo era de la Argentina y Paraguay. En dicha conferencia Martí mediría sus armas, victoriosamente, con el astuto y sombrío Secretario de Estado James G. Blaine.

Martí comienza "Nuestra América" postulando abolir las torpes rencillas entre nuestros países, nacidas de un aldeanismo nefasto, tanto más cuanto que abre brechas que permiten penetrar al enemigo de afuera. Por ello aconseja: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos"; y también: "¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes".

Al fustigar con gran violencia a cobardes y traidores, la actualidad de Martí cobra vigencia incandescente: "Hay que cargar los barcos", dice, "de esos insectos dañinos que le roen el hueso a la patria que los nutre", esos que van "paseando el letrero de traidor

en la espalda de la casaca de papel”, esos “desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos”. Unas líneas después añadirá: “El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América”. Contra ese “peligro mayor” va enderezado el texto martiano. Pero para poder salvarnos de él urge reconocer, proclamar y profundizar nuestra autoctonía, nuestra identidad.

A modo de premisa, y como había venido haciendo durante años, sólo que esta vez de modo lapidario, Martí rechaza que el mundo se halle dividido entre “la civilización” y “la barbarie”, según la conocida tesis que en nuestras tierras abrazaran hombres como Sarmiento, y que edulcoraba (y edulcora) la existencia de países explotadores por una parte, que se consideraban la civilización (según las últimas o penúltimas teorías de moda, quiere presentarse ahora como protagonistas del fin de la historia), y países explotados (estigmatizados ayer como la barbarie y hoy, supuestamente, con una historia irrelevante).

Siete años atrás, en 1884, Martí había impugnado

el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes.

Ahora, en “Nuestra América”, afirmará que “ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave” de nuestro enigma, y “por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”. Martí añade de inmediato: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.

Es a esta luz como hay que entender la tajante propuesta martiana:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.

Y para que no pueda inferirse de esto xenofobia o robinsonismo alguno, añade su consejo clásico: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas". Por ello, los hombres de la nueva América "entienden que se imita demasiado, y que la salvación está con crear. Crear es la palabra de pase de esta generación". Y, otra vez como si se estuviera refiriendo a nuestros días, dice Martí: "Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente". Y más adelante: "En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos".

Revelando la profundización que su pensamiento social ha ido conociendo, Martí escribe en este texto inagotable: "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". No podemos menos que subrayar el interés martiano en el "sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores", para afianzar el cual era (es) esencial hacer causa común con los oprimidos. Este mismo criterio lo llevaría, casi al finalizar su trabajo, a decir: "No hay odio de razas, porque no hay razas"; es decir, a impugnar, en una época manchada por el más vulgar racismo, incluso la creencia en que existan razas, creencia particularmente inaceptable en un continente como el nuestro, donde millones de integrantes de sueltas "razas" inferiores se encuentran entre "los oprimidos".

Antes de pasar a la segunda parte de estas palabras, hay que destacar que la patria grande que Martí consideró que era "Nuestra América" (y que hoy incluye también a numerosísimos compatriotas latinoamericanos y caribeños que por distintas causas viven en el seno de los Estados Unidos, como vivió el propio Martí, como vivió quien les habla), esa patria grande está formada, según dirá él al final de su extraordinario texto de 1891, "por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar". Y este segundo hecho es esencial para nosotros, *hic et nunc*, porque en "las islas dolorosas del mar", el corazón de lo que llamamos el Caribe, comienzan y terminan la vida y el pensamiento de José Martí, como vamos a exponer a continuación.

EN 1862, cuando sólo tiene nueve años, el niño José Martí acompaña a su padre, el cual ha ido a trabajar a Matanzas, zona cubana

de intensa producción azucarera. De súbito, una pavorosa escena lo sobrecoge. Dejemos que sea el mismo Martí, cerca de treinta años más tarde, quien nos describa la escena en un poema de sus *Versos sencillos*:

*El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.*

*El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.*

*El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.*

*Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.*

*Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
lavar con su vida el crimen!*

Aquel sensible niño había topado con el aspecto más sombrío de la sociedad en que naciera: la esclavitud, espanto mayor del sistema de plantaciones que era la columna vertebral no sólo de su patria, sino del área caribeña toda.

Ese mismo año 1862 J. E. Cairnes publica en Londres su libro (que devendría clásico) *The Slave Power*, donde se lee:

Precisamente en los cultivos tropicales, en que las ganancias a menudo igualan cada año al capital total de las plantaciones, es donde más inescrupulosamente se sacrifica la vida del negro. Es la agricultura de las Indias Occidentales, la que ha sumido en el abismo a millones de hombres de la raza africana. Es hoy día en Cuba, cuyos réditos suman millones, y cuyos plantadores son potentados, donde encontramos en la clase servil, además de la alimentación más basta y el trabajo más ago-

tador e incesante, la destrucción directa, todos los años, de una gran parte de sus miembros por la *tortura lenta del trabajo excesivo y la carencia de sueño y reposo*.

Por supuesto, el niño que era entonces Martí ignoraba aún la complicada urdimbre de la cual él había descubierto, horrorizado, el eslabón más sangriento. Pero su reacción moral, que lo guiaría durante el resto de su breve y deslumbrante existencia, le hizo tomar ya la decisión fundacional de aquella existencia. Recordémosla:

*Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!*

Ahora bien, sin comprender esa complicada urdimbre, nada puede saberse a ciencia cierta ni sobre el Caribe ni sobre Martí ni sobre la candente modernidad de sus planteos. Y Martí llegó a una comprensión cabal de aquélla.

De entrada, volvamos sobre la cita de Cairnes. A principios del siglo XIX, en "las Indias Occidentales" (nombre preferido por los ingleses para lo que en español llamamos las Antillas), y especialmente en Cuba, "cuyos plantadores son potentados" sobre la base del más brutal trabajo esclavo, y que han obtenido su riqueza al convertirse el país en la azucarera del mundo tras la extraordinaria Revolución haitiana, la revolución independentista no podía sino ser rechazada por esos plantócratas que temían que rebelarse contra las respectivas metrópolis llevaría a consecuencias similares a las de Haití.

Las otras Antillas, pues (no sólo las de lengua española), quedaron retrasadas en el proceso de emancipación de lo que ahora suele nombrarse la América Latina y el Caribe. Cuando finalmente, en 1868, la fracción más radical y menos dependiente de la esclavitud entre los hacendados criollos desencadene en la parte oriental de Cuba la guerra de independencia contra España, no llegará a contar con el apoyo (sino con la hostilidad) de los más ricos y esclavistas hacendados de la Isla, ubicados al occidente de la misma, y en medida apreciable ello contribuirá al fracaso de la contienda, la cual se extenderá, en esta etapa, durante una década. Ese fracaso, sin embargo, no lo sería del todo. Por una parte, los insurrectos habían decretado la abolición de la esclavitud: lo que, entre otros factores, espolearía a la metrópoli española a hacer otro

tanto ocho años después del fin de esa guerra; por otra parte, en el transcurso de la contienda, mientras se apagaba el papel hegemónico de los hacendados, fueron destacándose dirigentes de extracción popular, como el dominicano Máximo Gómez y el mulato Antonio Maceo, llamados a desempeñar un papel de primer orden en un futuro próximo.

José Martí, quien sólo tenía quince años al estallar esa guerra, fue sin embargo marcado a fuego por ella. Como ya hemos recordado, su irreductible posición independentista lo llevaría, en plena adolescencia, primero al presidio político y luego al destierro. Y, en otro orden de cosas, su humilde origen clasista facilitaría su vinculación ulterior con aquellos grupos encarnados en figuras como Gómez y Maceo, en quienes iba a recaer la hegemonía de una próxima fase en la lucha de liberación nacional. Pues, según han destacado autores como el panameño Ricaurte Soler y el francés Paul Estrade, el carácter “atrasado” de las Antillas de lengua española en lo tocante a independizarse de España —por cuanto sus respectivas sacarocracias se negaron a secundar un empeño que ponía en evidente riesgo su privilegiada posición— las llevó a acometer más tarde esa tarea con un sentido mucho más “avanzado”: teniendo al frente de la lucha a clases y capas más populares, de las que fueron portavoces puertorriqueños como Betances y Hostos, dominicanos como Luperón y Gómez, cubanos como Maceo y Martí.

José Martí es pues la figura mayor, pero no única ni extravagante, de una cohorte de combatientes y pensadores antillanos (a los que hay que sumar figuras haitianas del calibre de Antenor Firmin) que en el siglo XIX, debido a razones históricas concretas, sobrepasan el liberalismo por añadidura dependiente de casi todas las otras figuras relevantes de nuestra América, y pasan a posiciones, para la circunstancia, de extremo radicalismo. A estos voceros no ya de los hacendados o ni siquiera de las vacilantes o inseguras burguesías nativas, sino de aquellas clases y capas más populares que hemos mencionado —y que van de la pequeña burguesía al campesinado mediano y pobre y al incipiente proletariado— solemos llamarlos *demócratas revolucionarios*. Su arquetipo entre nosotros fue José Martí, cuyo democratismo revolucionario, al ser sumamente radical, antirracista, anticolonialista, antiimperialista y abierto a la justicia social, sigue teniendo vigencia batalladora.

Es el Martí en la plenitud de sus dones quien funda en abril de 1892 el Partido Revolucionario Cubano, el artículo primero de cuyas *Bases* anuncia:

El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

El vasto proyecto con que Martí concibió este Partido, el primero creado por latinoamericanos y caribeños para preparar una guerra revolucionaria de la que debía nacer una república democrática, era terminar con el colonialismo español en América y frenar al entonces incipiente imperialismo norteamericano. En tareas propias del Partido, cuya máxima dirección ostentará hasta su muerte, y de la guerra liberadora que prepara, visita entre 1892 y 1894 a núcleos de desterrados cubanos en la costa atlántica de los Estados Unidos, y también en Haití, la República Dominicana, Jamaica, Costa Rica, Panamá (la cuenca del Caribe) y México.

Que Martí no preveía sólo la independencia frente a España lo expresa claramente en no pocos textos: por ejemplo, en su artículo de abril de 1894 "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano" (cuyo elocuente subtítulo es "El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América"), donde dice:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres . . . serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada, y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio [. . .] hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo . . . Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar . . . Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.

El 25 de marzo de 1895, ya rumbo a la guerra en Cuba, escribe al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo". Ese mismo día firma con el dominicano Máximo Gómez, Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, el *Manifiesto de Montecristi*, el cual, al dar a conocer al mundo las razones del conflicto bélico, explica:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre.

Al cabo Martí regresa a Cuba, el 11 de abril de 1895, tras un periplo hartamente azaroso. En la Isla, en atención a sus órdenes, había estallado ya, el 24 de febrero de ese año, la guerra que él había preparado como una obra de arte, según dijera. En la manigua redentora Martí va a vivir sus últimos treinta y ocho días: acaso los únicos días felices de su vida agónica. En sus cartas de entonces, en su impresionante diario de campaña, una alegría inusitada se expresa:

Es muy grande . . . mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril . . . Sólo la luz es comparable a mi felicidad . . . Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño . . . Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

El 18 de mayo de aquel año escribe su última carta, a Manuel Mercado. En ella le habla abiertamente de que se encuentra cumpliendo, con riesgo de su vida, su deber

. . . de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso . . . impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia . . .

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

Esta carta quedó inconclusa y adquirió carácter testamentario, pues al día siguiente, cuando hubiera debido terminarla, Martí mu-

rió en combate. El juramento hecho por aquel niño de nueve años ante el cadáver de un esclavo ("lavar con su vida el crimen"), había sido cumplido y sobrecumplido a lo largo de una de las existencias más puras y luminosas que ha conocido nuestro pobre planeta; la existencia de un ser humano que tuvo toda la autoridad moral para escribir: "En la cruz murió el hombre . . . un día, pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días". Lo que, unido a otras palabras suyas ya citadas, nos hace pensar que en 1991 también conmemoramos otro hecho: los cuatrocientos años de la muerte de San Juan de la Cruz, a cuya familia de místicos (así como a otras, desde luego) indudablemente también perteneció Martí, según subrayó nadie menos que el profundo conocedor y admirador de Martí que fue el comunista Juan Marinello. Pero aunque a los poetas se nos toleran algunas licencias, es evidente que tenemos que abandonar esta digresión, y volver a lo que en el *Quijote* se llama nuestro "canto llano".

Las Antillas, como es evidente, desempeñaron un papel fundamental en la estrategia liberadora de Martí. Desde luego, no podemos esperar de él una concepción global del Caribe idéntica a la que tenemos hoy. Baste recordar que en un mismo año, 1889, cuando Martí impugna en Nueva York, con su fuerte trabajo "Vindicación de Cuba", las injurias lanzadas contra sus compatriotas por un ignaro periodista norteamericano, el trinitario John Jacob Thomas realiza tarea similar en Londres con su *Fraudacity*, donde rechaza enérgica y lúcidamente las desdeñosas opiniones que el notable y reaccionario escritor inglés James Anthony Froude emitiera sobre los habitantes de las Antillas inglesas en su libro *The English in the West Indies or the Bow of Ulysses*, en el que, entre paréntesis, hay tres curiosos capítulos sobre La Habana. Pero Martí y Thomas procedieron de manera paralela, sin saber de su convergencia. Por otra parte, Martí, mientras hace un encendido elogio de Haití, como ya lo había hecho Bolívar, señala su singularidad (claro que no podía prever que iba a desembarcar en Cuba con pasaporte haitiano, lo que también es hermosamente singular); y considera que la Jamaica de su tiempo es una "apagada y mortecina colonia inglesa". Sabemos que la isla hermana había conocido el gesto valiente de Paul Bogle y numerosas luchas. Pero no es menos cierto que no fue sino hasta 1962 cuando obtuvo la independencia, al igual que Trinidad-Tobago, y sólo en años posteriores la conseguirían otras colonias del área, donde aún quedan enclaves coloniales con uno u otro nombre: colonias de las viejas metrópolis europeas,

y también de una nueva metrópoli, los Estados Unidos (que ya vimos que Martí llamó “la América europea”, “una república imperial”, “la Roma americana”), los cuales, tras frustrar en 1898 la verdadera independencia cubana, que sólo sería alcanzada sesenta años después, guardaron como botín de guerra al entrañable Puerto Rico. (No podemos dejar de mencionar que ha sido en estos días, a más de noventa años de ocupación norteamericana, cuando las hermanas y los hermanos puertorriqueños han logrado, tras ingentes luchas, que se reconozca que nuestro idioma común, el español, es la lengua oficial de su irrenunciable patria hispanoamericana).

Volvamos a Martí, quien no dejó de ser sensible a una unión antillana. Así, por ejemplo, habló en 1892 de “este raudal de cariño, en que nos hemos sentido como uno con los dominicanos y haitianos y jamaiquinos, con los cubanos tenaces de Santo Domingo y los industrioses de Haití y los inolvidables de Jamaica”. Es decir, Martí supo ver similitudes entre Cuba y otras Antillas, aunque indudablemente su énfasis estuvo puesto en las de lengua española, cuyo destino, como el de todas “las islas dolorosas del mar”, no desvinculó del de los demás países de “nuestra América”.

Hubo que esperar en Cuba a libros como *Azúcar y población en las Antillas*, publicado por Ramiro Guerra en 1928, para que adquiriéramos una creciente conciencia de nuestro carácter caribeño, conciencia que sólo vendría a afirmarse definitivamente después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. No en balde al epílogo escrito en 1963 de su libro *The Black Jacobines*, el trinitario C.L.R. James le puso por título “From Toussaint L'Ouverture to Fidel Castro”; y en 1970, dos intelectuales y hombres de Estado del área, el trinitario Eric Williams y el dominicano Juan Bosch, publicaron sendos libros con el mismo título, porque abordaron el mismo tema: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*. Hoy, en la víspera inmediata del Quinto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a estas tierras, y cuando Cuba está amenazada y acosada como el “ciervo herido” de los prodigiosos *Versos sencillos*, no cabe la menor duda de que tal título resume de modo relampagueante la historia del Caribe moderno. Otro eminente intelectual del área, el haitiano Gérard Pierre-Charles, escribió después una valiosa obra con el título *El Caribe a la hora de Cuba* (1981).

Y es que, al margen del criterio que se tenga sobre ella (por ejemplo, las opiniones de James, Williams, Bosch y Pierre-Charles no son coincidentes), la Revolución Cubana echó una luz de la mayor

importancia para que se entendiese cabalmente lo que tenemos en común los caribeños, más allá de la diversidad de metrópolis, etnias, creencias y lenguas. Y en la raíz y el fruto de esta Revolución se halla José Martí. Él hizo posible el engarce con el mundo del Caribe, no ya como objeto sino como sujeto de su (nuestra) propia historia. Al proponerse extinguir la esclavitud de los negros, Martí se encontró combatiendo al colonialismo y más tarde al imperialismo y al neocolonialismo; y se encontró asimismo combatiendo la nueva esclavitud, la del proletariado moderno. Cuando en sus *Versos sencillos* dijo: "Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar"; cuando añadió: "Yo sé de un pesar profundo / Entre las penas sin nombres: / La esclavitud de los hombres / Es la gran pena del mundo"; cuando tales cosas escribió, ya había sido abolida la esclavitud en Cuba. Esos "pobres de la tierra" eran, según lo dirá después con toda claridad en un trabajo periodístico homónimo de 1894, "los obreros cubanos en el Norte"; como esa esclavitud ya no era la esclavitud *sans phrase* que lo desgarró en 1862, sino, por una parte, la del colonizado, y por otra, la del obrero asalariado.

El haz de líneas de su ideario, que todavía arde como un latigazo en las espaldas de opresores de toda laya, ese ideario que guía a la Revolución Cubana como tarde o temprano guiará a otras revoluciones, ¿no muestra la esencial raíz caribeña de José Martí? El que él haya tenido un horizonte universal ("Patria es humanidad", dijo en 1894) está lejos de negar su condición caribeña. ¿Acaso el Caribe no es una encrucijada excepcional donde se han mezclado desde finales del siglo xv numerosas culturas del mundo todo? ¿Se puede ser un caribeño cabal sin sentirse heredero de lo más hermoso del vasto mundo? El hombre mayor nacido en estas islas, en este Hemisferio, José Martí, fue un caribeño, como L'Ouverture, Desalines y Pétion, como Luperón y Gómez, como Betances, Hostos y Albizu Campos, como Marcus Garvey, Norman Manley y Frantz Fanon, como Antonio Maceo, Julio Antonio Mella y (permítasenos ese honor) el revolucionario sin fronteras que ni nació ni murió aquí, pero aquí dejó lo más puro de sus esperanzas de constructor, lo más querido entre sus seres queridos, y un pueblo que siempre tendrá el orgullo y la responsabilidad de haberlo tenido entre sus hijos: Ernesto Che Guevara.

Al concluir su poema-alegato *West Indies, Ltd.*, en 1934, su inolvidable autor proclamó desafiante: "Esto fue escrito por Nicolás Guillén, antillano". Como corolario de su magna obra, cuya

irradiación ecuménica no ha hecho más que comenzar, José Martí pudo haber inscrito con su sangre: ‘‘Esto fue hecho por José Martí, caribeño’’.